


Capitalismo y reforma. El debate sobre la propiedad en el socialismo británico de postguerra¹

Julio Martínez-Cava
Universidad de Barcelona ✉ 

<http://dx.doi.org/10.5209/rpub.93455>

Recibido: 08-01-2024 • Aceptado: 31-03-2024.

Resumen. El llamado “pacto de postguerra” fue una de las mayores transformaciones institucionales de la historia europea occidental que cambió las condiciones para la política socialista. En este artículo se ofrece, primero, una descripción de los fundamentos básicos del pacto en Gran Bretaña. En segundo lugar, se aborda el debate del socialismo británico en torno a esta reforma del capitalismo. El proyecto renovador del ala derecha del laborismo fue replicado por los marxistas del Partido Comunista de Gran Bretaña y de la primera New Left. Se reconstruyen aquí los argumentos de este debate prestando especial atención a los conceptos disputados de “democracia”, “propiedad” y “socialismo”.

Palabras clave: historia del socialismo; propiedad; democracia; capitalismo; pacto de postguerra.

^[en] Capitalism and Reform. The Debate on Ownership in Post-war British Socialism

Abstract. The so-called “post-war settlement” was one of the greatest institutional transformations in Western European history, fundamentally altering the landscape for socialist politics. This article delves into the foundational pillars of this settlement in Britain. Secondly, it explores the debate within British socialism concerning this reform of capitalism. The renewing project from Labour’s right wing were met with opposition from Marxists of the Communist Party of Great Britain and the first New Left. The article reconstructs the arguments of the debate with particular attention to the contested concepts of “democracy”, “ownership” and “socialism”.

Keywords: History of Socialism; Ownership; Democracy; Capitalism; Postwar Settlement.

Sumario. 1. Un escenario imprevisto: el pacto de postguerra. 2. La “revolución de los directivos”, el desafío revisionista. 3. Capitalismo monopolista de Estado, la teoría del Partido Comunista. 4. Las redes del poder, la investigación de la New Left. Conclusiones. Bibliografía.

Cómo citar: Martínez-Cava, J. (2024). Capitalismo y reforma. El debate sobre la propiedad en el socialismo británico de postguerra. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 27(2), 81-96.

1. Un escenario imprevisto: el pacto de postguerra

Desde finales del siglo XIX el socialismo europeo había confiado en una suerte de “marcha ascendente” hacia la victoria. En un mundo caracterizado por las

crisis económicas, la miseria, la represión, la explotación colonial, la lucha de clases y el poder cada vez mayor de los sindicatos, cooperativas, partidos y demás contra-instituciones del movimiento obrero, eran pocos los que dudaban de que el capitalismo

¹ Declaración de fondos: esta investigación se ha desarrollado en el marco del proyecto “Filosofía política, economía y ética de las relaciones fiduciarias: libertad, propiedad, bienes comunes y política pública” (PID2021-123885NB-I00) y con la financiación de una beca Margarita Salas del programa de “Ayudas para la recualificación del sistema universitario español” financiadas por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y por la Unión Europea “NextGenerationEU”/PRTR. Agradecimientos: David Guerrero y Juan A. Andrade ofrecieron valiosas sugerencias y comentarios a una versión previa de este artículo. Darren Treadwell del Labour History Archive & Study Centre (People’s History Museum) me facilitó la consulta de documentos en Manchester. Dejo aquí constancia de mi sincera gratitud a todos ellos.

estaba condenado a desaparecer en un futuro próximo. Sin duda, la experiencia de dos guerras mundiales, la Gran Depresión y el auge del fascismo en la primera mitad del siglo XX acentuaron esa impresión². Sin embargo, en la década de la década de los 1940 se impuso una dura y paradójica realidad: aunque las tasas de afiliación sindical y los resultados electorales de los partidos socialistas y comunistas alcanzaron conjuntamente sus máximos históricos, ni la revolución social parecía asomar a la vuelta de la esquina, ni tampoco el capitalismo parecía dar señales de acercarse al colapso interno. La Europa occidental asistió más bien a un incremento generalizado del nivel medio de vida (que volvía menos inmediatamente perceptibles las relaciones de dominación del capitalismo), a los mayores niveles de crecimiento económico sostenido que se habían registrado en la historia y a una tasa media de desempleo que se iba aproximando cada vez más al 1,5%: fue la llamada “Edad de Oro del capitalismo”. Un cambio de tal magnitud obligó a los socialistas a replantear en profundidad sus análisis y estrategias. Al fin y al cabo, como decía Eric Hobsbawm, “¿qué sentido podían tener las palabras de la internacional «Arriba, parias de la tierra» para unos trabajadores que tenían su propio coche y pasaban sus vacaciones pagadas anuales en las playas de España?”³.

Lo paradójico de la situación era que los socialistas europeos habían contribuido a esa estabilización económica y política en la medida en que participaron en la creación de lo que se ha venido en conocer como “Pacto social de postguerra”, que consistió en el intento de establecer un equilibrio entre los intereses de las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo con el objetivo de evitar las crisis económicas, las revoluciones violentas, el fascismo y las guerras que habían caracterizado la primera mitad del siglo⁴. En las décadas anteriores las estrategias de los movimientos emancipadores bascularon entre fiar la resolución de los problemas sociales a la acumulación de fuerzas propias rechazando o minimizando la participación en el Estado, o bien priorizar la negociación y colaboración con los gobiernos en sus distintas escalas regionales en una dinámica de integración en aquel. Sin embargo, desde los años 1930 se sucedieron toda una serie de factores que alteraron profundamente el escenario: desde el éxito del New Deal norteamericano (frente al descrédito de la ortodoxia monetaria que había guiado la respuesta europea a la crisis de 1929), pasando por el descubrimiento de herramientas y técnicas esta-

tales de control de la economía durante la guerra, hasta la necesidad de restituir un sentido de orden social destruido por el conflicto en los primeros años de postguerra en los que el horizonte de un socialismo democrático fue mucho más que un espejismo pasajero –y donde la legitimidad reforzada de la Unión Soviética al acabar la guerra jugó también un papel fundamental–. Todo ello motivaría la entrada de muchos partidos obreros de masas en los gobiernos de concentración nacional de la reconstrucción y sentaría las condiciones de posibilidad de la gran reforma del capitalismo⁵.

En Gran Bretaña el pacto vio la luz a través del gobierno laborista de Clement Atlee, que contó con una mayoría absoluta aplastante (y nunca repetida) surgida de las elecciones de 1945⁶. El laborismo llegó al poder a horcajadas de un desplazamiento tectónico de la opinión pública que durante los años de la guerra se desplazó significativamente hacia la izquierda, un sentir general que responsabilizaba al capitalismo de la enorme miseria y la violencia vividas en las décadas anteriores⁷. Impulsado por esos deseos de cambio –eslóganes de su campaña electoral fueron expresiones como “Never Again” y “Ask Your Dad”– el nuevo gobierno acometió un programa de medidas que transformaría la sociedad británica de arriba abajo y lo haría en un contexto de escasez, trastornos económicos, inestabilidad financiera y problemas de deuda con EE. UU. De entre sus muchas y variadas líneas de reforma, destacaré cuatro en particular por lo que me interesa discutir en este artículo. Primero, siguiendo la tendencia europea, los laboristas se sumaron a la aplicación de las llamadas “técnicas keynesianas” o políticas macroeconómicas contracíclicas que posibilitaron la estabilización del ciclo de acumulación capitalista mediante estímulos continuos (y cada vez mayores) a la demanda efectiva agregada. En las siguientes décadas las crisis económicas en Europa no desaparecieron, pero ya no fueron globales y su escala no solía superar la pérdida del 1% del PIB frente a las pérdidas del 10, 20 o 25% conocidas en los años 30. En segundo lugar, y en línea también con la tónica europea, el laborismo se lanzó a la transformación de los regímenes de propiedad mediante un vasto programa de nacionalizaciones que hizo crecer el sector público hasta un 20% de la economía nacional y sometió la restante propiedad privada al cumplimiento de una función social definida parlamentariamente⁸. La tercera línea novedosa fue la

² Para la idea de que la historia remaba a favor del socialismo puede verse E. Traverso, *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid, Akal, 2021, Capítulos 1 y 2; M. v. d. Linden, “Introduction to Volume II”, *The Cambridge History of Socialism. Vol. II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022, pp. 1-46. Una explicación de cómo se racionalizó tempranamente ese optimismo a largo plazo en términos marxistas en M. Galcerán, *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana del siglo XIX*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023 [1997].

³ S. A. Marglin y J. B. Schor (eds.), *The Golden Age of Capitalism. Reinterpreting the Postwar Experience*, Oxford, Clarendon Press, 1990. La cita en E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 270.

⁴ Una de las mejores explicaciones en A. Domènech, “Prólogo” en X. M. Beiras, *Exhortación a la desobediencia*, Santiago de Compostela, Laiovento, 2015.

⁵ No sobra recordar que los partidos comunistas occidentales formaron parte del poder ejecutivo en países como Francia, Italia, Austria, Bélgica, Luxemburgo, Finlandia, Dinamarca o Islandia. Uno de los actos fundacionales de la Guerra Fría fue la expulsión de estos partidos del gobierno entre 1947 y 1948.

⁶ S. Todd, “Las nuevas Jerusalén” en *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*, Madrid, Akal, 2018, pp. 187-212; J. Callaghan, “The British Labour Party” en M. van der Linden (comp.), *The Cambridge History of Socialism, op.cit.*; I. Woloch, *The Postwar Moment. Progressive Forces in Britain, France, and the United States after World War II*, New Haven, Yale University Press, 2019, pp. 139-169 y 255-301.

⁷ G. Eley, “Corporatism and the Social Democratic Moment: the Postwar Settlement, 1945-1973” en Dan Stone (ed.) *The Oxford Handbook of Postwar European History*, Oxford, Oxford University Press, pp. 37-59.

⁸ La idea de “función social de la propiedad” ganó un peso particular al calor de la Revolución mexicana y de las sacudidas revolucionarias del periodo de entreguerras y sirvió así como precedente para el pacto de postguerra, véase J. Mun-

creación del Estado de Bienestar, entre cuyas instituciones destaca particularmente el National Health Service, el primer sistema sanitario universal, integral y gratuito de la historia⁹. Finalmente, se consiguió un acuerdo con los dirigentes de la patronal británica, que a cambio de ver respetado su poder de mando sobre el grueso de los activos productivos y de tener garantizada la paz social, dieron su visto bueno a la integración de las principales centrales sindicales en organismos consultivos o de decisión sobre la vida económica, una integración que vino respaldada por una coraza legal que blindaba la negociación colectiva y el derecho laboral democrático. Para poder sostener el equilibrio de intereses entre capital y trabajo, la concepción clásica de la relación entre beneficios y salarios como un juego de suma cero fue substituida por la idea de un juego de suma positiva mediante lo que el historiador Charles Maier llamó “las políticas de la productividad”: aumentar continuamente la producción para garantizar que existiese suficiente excedente a repartir para todas las partes¹⁰. Frente al tópico recurrente que entiende que hubo un “consenso” a nivel ideológico, es necesario remarcar que las condiciones del pacto no disolvían el conflicto social sino que lo *institucionalizaban*¹¹. De esta forma capital y trabajo ligaron sus destinos en un equilibrio inestable donde la satisfacción de los objetivos inmediatos del movimiento obrero se volvió dependiente de la buena salud de las economías capitalistas.

Fuera como fuese, la transformación había sido profunda. Cuando los laboristas perdieron las elecciones en 1951, la tasa de desempleo estaba por debajo del 2% (se mantendría así hasta 1970), el *Welfare State* ya dejaba sentir sus efectos en la vida cotidiana de millones de personas, los precios de los alquileres y algunos productos básicos seguían

públicamente regulados, el sector público había crecido hasta alcanzar los cuatro millones de trabajadores (el 18% del total) y el sector gubernamental era responsable de un tercio de la formación neta de capital fijo.

El capitalismo británico había sido transformado, pero no había desaparecido. A pesar de lo que consideraban como “avances” importantes, la izquierda del laborismo no estaba satisfecha y temía que la dirección del partido no quisiera ir más allá. En lo que respecta a la propiedad pública, el tipo laborista de nacionalizaciones fue impulsado por Herbert Morrison (ayudado por otras figuras de peso como Barbara Wootton) cuyo modelo inspirado en la BBC buscó evitar la gestión directa por parte del Estado, de los trabajadores o de los técnicos, lo cual, en opinión hartamente repetida en estos años, cambió más bien poco las condiciones de trabajo diarias de los trabajadores de dichas empresas. La ausencia de una verdadera democracia económica y de una democracia en el puesto de trabajo (*worker's control*) despertaría también las críticas de algunos sindicatos y de las facciones más radicales del partido. Esos mismos militantes apuntaron que, a pesar de las regulaciones, no se habían puesto lastres a la concentración oligopólica y se había tolerado la existencia de un importante mercado de vivienda, de educación y de sanidad privadas que interferiría en el cumplimiento de los objetivos sociales del sector público y perpetuaba las divisiones de clase. El modelo empleocentrista de prestaciones contributivas, añadieron, perjudicaba a los sectores más vulnerables de la población, particularmente a las mujeres.

No les faltaban razones para inquietarse. Tratando de mostrar una imagen de respetabilidad y capacidad de gobierno ante el público, la dirección laborista abandonó todo compromiso republicano, sin poner en cuestión ni la Monarquía ni la Cámara de los Lores. Su aceptación del Anglo-American Council on Productivity que operó entre 1948 y 1952 fue la vía por la que los americanos disciplinaron al sindicalismo británico e impusieron su hegemonía económica con los fondos del Marshall Plan. A su vez, el *boom* económico interior fue propulsado por una política dominada por el capital financiero de la *City* que consistió en tratar de mantener la libra esterlina en una posición fuerte en los mercados internacionales a costa de disminuir la inversión doméstica. Pero el país atravesaba una profunda crisis en la balanza de pagos y para solucionarla se intensificó la explotación de los recursos de las colonias al tiempo que se reprimían violentamente las revueltas contra un Imperio que entraba en su fase final de descomposición. La Guerra Fría también impuso sus condiciones, y el aumento en el gasto armamentístico en los años 50 se situó en el triple que antes de la guerra –en 1953 suponía ya un 30% del PIB frente al 27% en seguridad social y sanidad–, y pronto empezó a devorar parte de los recursos que se habían querido destinar al *Welfare State*¹².

dó, “Del absolutismo propietario a la constitucionalización de la función social de la propiedad” en Nuria Sánchez Madrid (ed.), *La filosofía social ante la precariedad*, Madrid, Catarata, 2022, pp. 21-47 y J. Martínez-Cava, “Una alternativa al liberalismo: la función social de la propiedad en la Constitución de Querétaro”, *Eines*, 43, 2022, pp. 108-118.

⁹ El NHS tuvo que abrirse paso ante la oposición de la British Medical Association y de los *tories*, pero una vez implementado generó un consenso en prácticamente toda la sociedad, siendo hasta la fecha la institución más valorada por la población británica. Su creación responde a diversas razones, pero merece la pena destacar aquí las contribuciones de la Socialist Medical Association, del ministro socialista de izquierdas encargado de su creación, Aneurin Bevan, y del feminismo, con destacadas dirigentes como Edith Summerskill.

¹⁰ C. S. Maier, “The Two Postwar Eras and the Conditions for Stability in Twentieth-Century Western Europe”, *American Historical Review* 86, no. 2, 1981, pp. 327-352.

¹¹ Se han derramado ríos de tinta sobre el supuesto “consenso” que habría puesto de acuerdo a fuerzas de izquierdas y derechas. Pero lo cierto es que el contenido y los márgenes del terreno sobre los que operaron los gobiernos de postguerra estuvieron *continuamente bajo disputa*, y el compromiso de las élites económicas con las partes más avanzadas del pacto fue en muchas ocasiones *instrumental* y no genuino. Sin ir más lejos, se encuentran fácilmente en los años 1940-1950 críticas abiertas de los Estados de Bienestar por parte de sectores importantes de la patronal, y las formas en las que debía alcanzarse el pleno empleo fueron también continuo objeto de confrontación, véase N. Apple, “The Rise and Fall of Full Employment Capitalism”, *Studies in Political Economy*, 4(1), 1980, pp. 5-39. Mi propia visión en J. Martínez-Cava, “Capitalismo y Estados de Bienestar”, *La Pùblica*, 3, 2024 (en prensa).

¹² Se pueden rastrear las críticas del ala izquierda en R. Miliband, *Parliamentary Socialism. A Study in the Politics of Labour*, Nueva York, Monthly Review Press, 1964 [1961], pp. 274-317 y G. Foote, *The Labour's Party Political Thought*, Londres, Macmillan Press, 1997, p. 175ss. Sobre la influencia norteamericana en el sindicalismo británico véase A. Carew,

El gobierno de Atlee realizó una suerte de retirada estratégica desde finales de década al entrar en lo que Morrison bautizó como “una etapa de consolidación”. El anticomunismo enmarcó este giro: en un documento titulado *Economic Survey for 1947* presentado por Atlee al Parlamento en febrero de 1947 se establecía una distinción entre una planificación estatal “democrática” –aquella que preservaba “al máximo la libertad de elección de cada ciudadano”– y la planificación “totalitaria” –la que “subordina todos los deseos y preferencias individuales a la demanda del Estado”–, un marco que asumía una concepción negativa de la libertad que pensadores como Friederich Hayek aplaudirían con alborozo¹³. Al mismo tiempo, una inflación creciente llevó al gabinete de gobierno a presionar a la central sindical, la Trade Union Conference (TUC), para que asumiera el rol de autolimitar las demandas salariales, rompiendo con la vieja tradición de negociación libre (un acuerdo que saltaría por los aires en junio de 1950 debilitando las relaciones entre el partido y los sindicatos). Cuando grupos de trabajadores convocaron huelgas a partir de 1948 por fuera de este pacto (*unofficial strikes*), el gobierno no dudó en emplear al ejército para reprimirlas.

El laborismo daba muestras de agotamiento y falta de proyecto, y la derrota electoral de 1951 no vino sino a confirmarlo. Como diría Kingsley Martin, editor del diario izquierdista *The New Statesman*, los laboristas atravesaban una “crisis intelectual” porque “no sabían a dónde iban después de haber establecido los principios del Estado del Bienestar”¹⁴. Ante la reforma más profunda del capitalismo no es de extrañar que las fuerzas socialistas quedasen perplejas y desorientadas. Hacía falta un replanteamiento general del proyecto socialista, de sus medios y de sus fines¹⁵. El paso a la oposición despejó el camino para una nueva generación de intelectuales y dirigentes que, sin llegar a componer un grupo homogéneo o totalmente articulado, compartieron la tarea dotar al laborismo de un nuevo andamiaje normativo y conceptual. Se les conoció como “nuevos pensadores” y también como “revisiónistas” según les denominarían sus críticos coetáneos recuperando la connotación peyorativa que tenía el término en los famosos debates de la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX. Bajo su iniciativa se abriría un enorme debate cuyo centro fue la cuestión de la propiedad y que atravesó las filas de todas las fuerzas socialistas del país. La discusión sobre la naturaleza del capitalismo reformado de postguerra, nos dice Madeleine Davis, se convirtió así “en un importante campo de

batalla en el que librar las luchas ideológicas de este periodo”¹⁶.

La historia del revisionismo de los años 50 debe considerarse uno de los episodios más importantes en la historia del socialismo del siglo XX. La tradición socialista se ha caracterizado por la centralidad que otorga a la propiedad capitalista para explicar la dominación. En líneas generales esta tradición sostiene que la distribución desigual de los derechos de propiedad sobre los activos productivos –que divide la sociedad en *propietarios* y *desposeídos* obligados a vender su fuerza de trabajo–, su ensamblaje en un régimen económico forzado a la continua revalorización del excedente y la concepción de esa propiedad como un derecho exclusivo y excluyente, constituyen los pilares de unas sociedades en las que los ideales de la Ilustración se vuelven irrealizables¹⁷. El revisionismo laborista puso en cuestión que para realizar los valores socialistas en el nuevo contexto de postguerra fuera necesario socializar los recursos productivos, y en esa medida cuestionó el núcleo de esta tradición.

En lo que sigue me ocupo, en primer lugar, de los argumentos de los revisionistas del laborismo. En segundo lugar, abordo las respuestas que se ofrecieron desde dos grupos marxistas que militaban fuera del Partido Laborista, en concreto el Partido Comunista de Gran Bretaña y la primera New Left. Sostengo que una inspiración compartida en la tradición marxista permitió a estas dos fuerzas rivales elaborar unos análisis y propuestas que muestran puntos en común y complementariedades que la literatura existente no ha puesto todavía de relieve¹⁸. Mientras que la dirección del partido laborista se volcó en cuerpo y alma a una deslegitimación del marxismo en consonancia con el clima de Guerra Fría, la continuación y renovación del marxismo por parte de los comunistas y *newlefters* fue una de las formas por las que se mantuvo el foco en la centralidad que tienen los derechos de propiedad, lo que les permitió mostrar las limitaciones intrínsecas del pacto de postguerra que el revisionismo no fue capaz de señalar.

2. La “revolución de los directivos”, el desafío revisionista

Importa destacar que el llamado revisionismo no fue simplemente una transformación ideológica reflejada en los discursos de los dirigentes o en los documentos oficiales de los partidos, sino una mutación general en el conjunto de la tradición

“The Anglo-American Council on Productivity (1948-1952)”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 26, 1991, pp. 49-69. El gasto bélico en D. Edgerton, “War, Reconstruction, and the Nationalization of Britain, 1939-1951”, *Past & Present*, 2011, Suplemento 6, pp. 32ss.

¹³ Hayek citaba el pasaje de Atlee en toda su extensión en el prólogo a la edición norteamericana de *Road to Serfdom* en 1956, véase F. Hayek, *The Collected Works of Friederich Hayek, Vol. II*, Nueva York, Routledge, 2008, p. 47.

¹⁴ K. Martin, “Socialism and the Welfare State”, Londres, Fabian Tract n° 291, 1951.

¹⁵ Un ejemplo seminal de cómo se planteó el problema son las conferencias de Richard Crossman, *Socialist Values in a Changing Civilization*, Londres, Fabian Tract, n° 286, 1950 y “Towards a philosophy of Socialism” en *New Fabian Essays*, 1952, pp. 1-32.

¹⁶ M. Davis, “Arguing Affluence: New Left Contributions to the Socialist Debate 1957-63”, *Twentieth Century British History*, 23(4), 496-528.

¹⁷ A. Domènech, “Socialismo, ¿de dónde vino? ¿Qué quiso? ¿Qué logró? ¿Qué puede seguir queriendo y logrando?” en M. Bunge y C. Gabetta (comps.) *¿Tiene porvenir el socialismo?*, Barcelona, Gedisa, pp. 71-124.

¹⁸ Por motivos de extensión dejo sin tratar las respuestas que emanan del ala izquierda del laborismo vinculada en torno a su líder A. Bevan y la revista *Tribune*, así como las opiniones de sus dos teóricos más interesantes H. Laski y G. D. H. Cole. Por otro lado, quedan también fuera de este trabajo las reacciones de otros grupos socialistas no laboristas como pudieran ser el Common Wealth Party o los grupos trotskistas articulados en torno a G. Healy, T. Cliff o I. Deutscher. Este fue un debate de grandes dimensiones y aquí aspiro exclusivamente a iluminar aspectos menos conocidos de las críticas marxistas.

socialdemócrata que comenzó en Gran Bretaña, Alemania y Austria y se extendió a diferentes velocidades e intensidades por toda Europa. Según el sociólogo Gerasimos Moschonas, la socialdemocracia es una configuración (entre otras posibles) de la estructuración política que pueden adoptar las clases trabajadoras, en concreto una que vincula a grupos de activistas y políticos con los sindicatos, las contra-instituciones en la sociedad civil y la apuesta por la vía parlamentaria. Fueron esas dinámicas y estructuras las que se modificaron en la segunda mitad del siglo XX, cuando el pacto de postguerra dejó sentir sus efectos sobre el mundo obrero: desde la pérdida gradual de afiliados, pasando por la reducción del peso que representaban los electores de clase trabajadora que fueron dando paso a otros sectores sociales, hasta el abandono de las funciones *pedagógicas* de unos partidos que pusieron ahora el énfasis en el estudio de las tendencias de opinión de los votantes para *adaptarse* a estas (abandono de lo que Otto Kirchheimer llamaría el “encuadramiento intelectual y moral de las masas”). Todo ello ocurría a la vez, causa y consecuencia, de la disolución paulatina de la tupida red de instituciones que convertían a la socialdemocracia en un mundo diferenciado que ofrecía una socialización alternativa: prensa regional y estatal, ferias, ateneos, cooperativas, bibliotecas, boticarios, asociaciones juveniles, femeninas, deportivas, teatrales, musicales, etc.

El viejo mundo obrero se debilitaba y su crisis alentaría también el cambio de estrategia de unos líderes políticos desconcertados que para buscar una aproximación a las “nuevas clases medias” decidieron triturar el armazón doctrinal que percibían como un lastre electoral. En este proceso, el contexto internacional jugó un papel absolutamente crucial. El gobierno laborista llevó la iniciativa en la promoción del anticomunismo europeo y gracias a diversos factores consiguió convertirse en líder del espacio socialista internacional imponiendo sus planes para la reconstrucción de la Internacional Socialista que, en su Declaración de Frankfurt de 1951, sentaba unos claros precedentes para el revisionismo europeo¹⁹. En pocas palabras, el revisionismo fue una forma de intentar poner al día a las fuerzas de la socialdemocracia ante la nueva situación de postguerra y Guerra Fría que ellas mismas habían contribuido a crear, intento en el que las viejas y conocidas tendencias moderadas de esta tradición arrinconaron a las más radicales²⁰.

Una de las grandes batallas ideológicas que libraron los revisionistas giró precisamente en torno a la cuestión de la propiedad. Frente al ala izquierda representada por el veterano socialista Bevan que

apostaba por expandir el programa de nacionalizaciones y democratizar su forma, los revisionistas ofrecieron análisis y propuestas alternativas. Sus intervenciones, que tomaban como precedente directo las posiciones de sectores moderados del partido de los años 30 y 40, se elaboraron desde dos frentes: por un lado, las páginas de la revista *Socialist Commentary* y la asociación Socialist Union liderada por Rita Hinden y, por otro lado, las diferentes publicaciones promocionadas por la Sociedad Fabiana o aparecidas en revistas como *Encounter* (que recibía financiación de la CIA) bajo el liderazgo de figuras como el nuevo secretario general del partido Hugh Gaitskell o diputados con gran capacidad teórica como Anthony Crosland, Roy Jenkins o Douglass Jay. Puede considerarse 1952 como el momento álgido en el que el proyecto revisionista expresó sus principales ideas pues fue el año en que vieron la luz las obras *Socialism. A New Statement of Principles* de la Socialist Union y los *New Fabian Essays* que reemplazaban al manifiesto fundacional de la Sociedad Fabiana de 1889²¹. Entre sus argumentos más repetidos figuraba la idea de que el marxismo había quedado obsoleto porque sus análisis solo eran válidos para el capitalismo previo a la reforma de postguerra, y la idea de que los objetivos del socialismo podían conseguirse sin alterar significativamente la distribución de los derechos de propiedad sobre los activos productivos.

Las divisiones en el partido sobre el marxismo o la cuestión de la propiedad no eran en absoluto nuevas. No debe olvidarse que desde sus orígenes en el Labour Representation Committee en 1900 las posiciones socialistas habían estado en minoría y en su mayor parte el partido quedaba controlado numéricamente y financieramente por los sindicatos de afiliación no socialista. Sin embargo, desde 1918 los nuevos estatutos comprometían al partido con “*la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio*” como rezaba su famosa Cláusula IV, y en la década de los años 30 los socialistas habían ido ganando terreno bajo el impulso de figuras como Ian Mikardo, John Strachey, Harold Laski o G. D. H. Cole. La guerra y especialmente la postguerra fueron la ocasión para que el ala derecha arrinconara a los marxistas y filomarxistas del partido, por lo que cuando los revisionistas iniciaron su embestida lo hicieron ya desde los cargos de dirección²². Entrados los años 50, el debate ya no giraba en torno a cuáles eran las mejores medidas para superar el capitalismo, sino sobre si este seguía siendo el enemigo por batir. ¿Acaso no había cambiado tanto el capitalismo con la reforma de postguerra que se hacía perentoria una nueva estrategia? Para dar cuenta del nuevo régimen de propiedad, los revisionistas echaron mano de la obra del filósofo norteamericano James Burnham, en un momento en el que los debates británicos estuvieron muy marcados por unas visiones

¹⁹ A. Defty, *Britain, America and Anti-Communist Propaganda 1945-53*, Routledge, Londres, 2004; E. Costa, *The Labour Party, Denis Healey and the International Socialist Movement*, Londres, Palgrave, 2018.

²⁰ G. Moschonas, *In the Name of Social Democracy. The Great Transformation: 1945 to the Present*, Verso, Londres, 2002, pp. 1-72, 215-219; D. Sassoon, *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Londres, Fontana, 1993, pp. 115-274; G. Eley, *Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford, Oxford University Press, pp. 299-328; S. Padgett y W. E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, Longman, Londres, 1991, pp. 22ss.

²¹ Socialist Union, *Socialism. A New Statement of Principles*, Londres, Lincolns-Prager, 1952; R. Crossman (comp.), *New Fabian Essays*, Londres, Sociedad Fabiana, 1952.

²² J. Schmeer, “Hopes Deferred or Shattered: The British Labour Left and the Third Force Movement, 1945-49”, *The Journal of Modern History*, 56/ 2, 1984, pp. 197-226.

norteamericanas que cada vez ganaban más peso en Europa²³.

La revolución de los directivos de James Burnham

Burnham era un antiguo trotskista del “Círculo de intelectuales de Nueva York” que tomó el análisis de los *newdealers* Adolf Berle y Gardiner Means como punto de partida para desarrollar su propia teoría en *The Managerial Revolution* (1941)²⁴. Berle y Means habían escudriñado la estructura de la propiedad de las grandes corporaciones norteamericanas llegando a la conclusión de que se había producido una separación entre la propiedad y el control, quedando la propiedad dividida en dos formas: una activa, los activos tangibles propiedad de la corporación y controlados por los directivos; la otra pasiva, los derechos de los accionistas a percibir dividendos sin responsabilidad sobre lo que sucediera en la empresa. Su argumento fue que los directivos, sin ser accionistas mayoritarios, tenían suficientes recursos como para perpetuarse en el poder y manipular a su gusto las asambleas de accionistas. El libro de Burnham convirtió estas ideas en una teoría sobre una supuesta “revolución social” en marcha: el creciente poder del Estado en la experiencia de la Alemania nazi, la Italia fascista, la Rusia comunista y los Estados Unidos del New Deal, decía, probaban que el mundo no se encaminaba hacia el socialismo como pensaban los marxistas, sino más bien hacia una sociedad burocrática donde los directivos a cargo de la producción (*managers*) se estaban convirtiendo en una nueva clase dominante y los capitalistas financieros y los accionistas estaban condenados a desaparecer²⁵. Burnham no hacía sino trasplantar el esquema teleológico del marxismo ortodoxo con su idea de una evolución inevitable provocada por el desarrollo de las fuerzas productivas, solo que reemplazaba el socialismo como etapa final por el llamado “colectivismo burocrático”²⁶.

Visto con perspectiva, es fácil constatar cómo esta obra conectó con los miedos y ansiedades de una parte importante de la intelectualidad occidental.

La revista *Life* lo escogió entre los cien libros más influyentes del periodo 1924-1944 y personajes muy influyentes en la izquierda como Leon Blum o Raymond Aron en Francia, Richard Löwenthal en Alemania o Karl Renner en Austria contribuyeron a difundir sus tesis (aunque no las compartiesen todas) en un contexto internacional mediado por instituciones como el Congreso por la Libertad Cultural en el que el propio Burnham jugó un papel importante²⁷. En las islas británicas su recepción fue amplia y vino avalada por figuras muy influyentes en la opinión pública, como ejemplifica el caso de George Orwell, que si bien se mostró escéptico ante el pesimismo antropológico del norteamericano, acabó asumiendo gran parte de sus tesis motivado por su obsesión con la “ola totalitaria” que se cernía amenazante contra los “valores cristianos occidentales”. *The Managerial Revolution* está reconocida como una de las principales influencias en su exitosa novela *1984*, la cual, de vuelta, sirvió para reforzar las ansiedades anti-Estado que atraviesan el periodo²⁸. Fue esa posición contra el “colectivismo” lo que llevaría a los revisionistas a replantearse la cuestión de la propiedad.

La “economía mixta” y la redefinición del socialismo

Según los “nuevos pensadores”, si la propiedad había quedado divorciada del control como probaba Burnham, entonces el control de la economía podía conseguirse sin necesidad expandir la propiedad pública (la consecución del pleno empleo parecía una buena muestra de ello). Partiendo de esta idea acusaron al socialismo de izquierdas de haber fetichizado la gestión directa desde el Estado, confundiendo los “fines” del socialismo con lo que solo eran unos “medios” posibles entre otros (las nacionalizaciones). Por ejemplo, Hugh Gaitskell no proponía revertir la obra del gobierno de Atlee, pero quiso remarcar que los objetivos socialistas debían perseguirse ahora con otros medios. Para Gaitskell, la existencia de grandes poderes económicos capitalistas no debía considerarse un problema: “la verdadera objeción al ejercicio del poder por parte de los «capitalistas»”

²³ S. Brooke, “Atlantic Crossing? American Views of Capitalism and British Socialist Thought 1932-1962”, *Twentieth Century British History*, 2, 1991, pp. 107-136. Todas las contribuciones de los *New Fabian Essays* discutían la revolución de los directivos, y el gran teórico revisionista que fue Anthony Crosland había dedicado un capítulo entero a Burnham en su obra *The Future of Socialism* que nunca llegó a publicar, véase B. Jackson, *Equality and the British Left. A Study in Progressive Political Thought, 1900-64*, Manchester, Manchester University Press, 2007, p. 156.

²⁴ J. Burnham, *La revolución de los directores*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967 [1941]. Sobre el grupo de Nueva York véase A. Wald, *The New York Intellectuals. The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1987. La trayectoria de Burnham en *Ibidem*, pp. 174ss.

²⁵ *Ibidem*, pp. 43-53, 98ss y 331. La comparación entre fascismo y comunismo no era una *boutade* de Burnham, fue bastante habitual durante los años de la guerra y después, véase H. Brick, *Transcending Capitalism: Visions of a New Society in Modern American Thought*, Ithaca, Cornell University Press, 2006, p. 153. La idea de que el mundo se encaminaba hacia una especie de orden colectivista burocratizado bebía de los debates del marxismo sobre la naturaleza del Estado soviético, véase M. van den Linden, *Western Marxism and the Soviet Union: A Survey of Critical Theories and Debates since 1917*, Boston-Leiden, Brill, 2007, pp. 45-98.

²⁶ J. Burnham, *op.cit.*, p. 208.

²⁷ H. Brick, *op.cit.*, pp. 159-161; Sassoon, *op.cit.*, pp. 246-247; M. v.d. Linden, *Western Marxism and the Soviet Union*, *op.cit.*, pp. 146-149; J. Romano, “James Burnham en France: l'import-export de la «révolution managériale» après 1945”, *Revue française de science politique*, 2003, 2, 53, pp. 257-275; G. Scott-Smith, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and post-war American hegemony*, Londres, Routledge, 2002, pp. 115ss, 139, 198; F. Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Barcelona, Debates, 2013, capítulos 5, 6 y 7.

²⁸ Véase G. Orwell, “You and the Atom Bomb”, *Tribune*, 19/10/1945 y “Second Thoughts on James Burnham”, *Polemics*, mayo de 1946; G. Steinhoff, “The Influence of James Burnham” en *George Orwell and the Origins of 1984*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1975, pp. 43-54. Las intuiciones *libertarians* de Orwell contra el “colectivismo” pueden perseguirse como una constante de su pensamiento desde 1937, véase la biografía más reciente de D. J. Taylor, *Orwell. The New Life*, Londres, Pegasus Books, 2023, pp. 284-313, 403, 470-485. Sobre el “libertarianism” de la Guerra Fría y cómo supuso una pervisión de las cautelas anti-estatistas de la izquierda de entreguerras véase la fantástica tesis de D. Guerrero, *Reframing Expressive Freedom: Free Speech Libertarianism, Republicanism and the Political Economy of Communication* [Tesis Doctoral], Universitat de Barcelona y Rijksuniversiteit Groningen, 2024, pp. 45-140.

era que “a menudo no responden ante nadie de lo que hacen”²⁹. Su conclusión fue prescribir la cautela, evitar “expandir las nacionalizaciones a campos nuevos y desconocidos a menos que haya argumentos simples y claros para hacerlo”³⁰.

Por otra parte, siguiendo de nuevo a Burnham, el revisionismo consideró que el poder había basculado de los parlamentos y los capitalistas a la nueva casta de directivos (funcionarios, líderes sindicales, directores de medios de comunicación, etc.). En esta lectura incorporaban ideas de otro norteamericano, el economista J. F. Galbraith, que había esbozado su teoría de los “poderes compensatorios” desde 1952 y particularmente en *La sociedad opulenta* de 1956³¹. Según esta teoría, el poder de los oligopolios había quedado en la postguerra contrarrestado por la demanda de compradores, las asociaciones de consumidores, los sindicatos o el Estado. La dirección laborista fue más allá de Galbraith y tendió a exagerar el peso de esos “contrapoderes” al tiempo que, volviendo a Burnham, los consideraba una potencial fuente de dominación³².

La visión más sistemática del proyecto revisionista la proporcionó Anthony Crosland y su obra *The Future of Socialism* (1956). Su autor no ofrecía muchas ideas originales pero desarrollaba en profundidad la particular interpretación revisionista de Burnham y Galbraith. Para Crosland, la revolución de los directivos había ocurrido, pero no conducía necesariamente a un escenario distópico, sino que podía llevar a una sociedad más civilizada porque en democracia el Estado era un agente neutral sujeto al Parlamento. Además, una “revolución psicológica” había tenido lugar entre los *managers*: los capitanes de industria ya no se movían por las motivaciones inmediatistas del capitalista de antaño –incrementar los dividendos de los accionistas–, sino que les motivaba asegurar la estabilidad de la producción y en ese sentido respondían mejor al interés nacional³³. El autor sostenía que el avance sindical había vuelto obsoleto el dictamen clásico según el cual el trabajo asalariado constituía una forma particular de esclavitud (*wage slavery*), y el crecimiento de las nuevas clases medias refutaba la previsión marxista de la polarización. Además, los impuestos progresivos y el Estado de Bienestar habían abolido el problema de la pobreza³⁴. Su razonamiento le llevó hasta el punto de sostener que la sociedad de postguerra ya no podía considerarse capitalista, era más bien una “economía mixta” donde ya no había “una clase dominante” sino una pluralidad de poderes³⁵.

El núcleo del argumento de Crosland fue sostener que la propiedad común de los recursos productivos ya no era un criterio demarcador para poder considerarse socialista. Pero si, como se ha señalado anteriormente, esta tradición viene definida precisamente por la centralidad que otorga a dicha propiedad, la única vía posible que quedaba abierta para el revisionismo pasaba por *redefinir* esta tradición. Esto fue justamente lo que ofrecieron los revisionistas y es lo que hace tan importante la obra de Crosland. Como la izquierda había glorificado los medios, hacía falta aclarar de nuevo cuáles eran los fines, era necesario discernir cuáles eran los valores más básicos del socialismo. La “sociedad sin clases” siguió figurando como un objetivo pero, como dirá el colectivo Socialist Union, la propiedad pública pasó a un segundo plano porque “no debe dividirse ningún método particular”, al tiempo que se consideró la “lucha de clases” como una estrategia caduca para la postguerra porque no se compadecía con los “métodos civilizados” del cambio social que exigían de la negociación tripartita para aumentar continuamente la productividad³⁶. Operó en los escritos de estos autores un concepto negativo de “libertad”, entendida ahora como la ausencia de un dominio totalitario, que convivió en tensión con las interferencias estatales que consideraban necesarias para garantizar la igualdad y la justicia social. No es que pensasen que el socialismo británico hubiera alcanzado sus objetivos finales, pero prescribieron que sus batallas se debían desplazar del terreno de la lucha de clases a la implementación de políticas educativas, fiscales o culturales que permitieran la reducción paulatina de las desigualdades de clase³⁷.

Los “nuevos pensadores” se movieron con habilidad en el partido. Su primera gran victoria fue conseguir que el congreso del Partido Laborista de 1957 aprobase por abrumadora mayoría los documentos *Industry and Society: Labour's Policy on Future Public Ownership and Public Enterprise*, donde se consolidaba el abandono de la política de expansión de las nacionalizaciones y se proponía en su lugar la exploración de “formas alternativas de propiedad pública” como los partenariados público-privados, la municipalización de la vivienda o el *community shareholding*, esto es, el aumento del control público sobre la vida económica mediante la compra estatal de acciones en grandes empresas privadas. Frente a un tópico muy extendido que ubica a los revisionistas entre los defensores de la “meritocracia” individualista liberal (prejuicio del que la New Left es en parte responsable), el historiador Ben Jackson ha demostrado recientemente que lo específico del

²⁹ H. Gaitskell, “Socialism and Nationalisation”, Londres, *Fabian Tract*, n° 300, 1956, p. 10.

³⁰ *Ibidem*, p. 30.

³¹ J. K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Madrid, Alianza, 1998 [1958].

³² N. Thompson, “Socialist Political Economy in the Age of Affluence. The reception of JF Galbraith”, *Twentieth Century British History*, vol. 21, n° 1, 2010, pp. 50-79; Brooke, *op.cit.*

³³ A. Crosland, *The Future of Socialism*, Londres, Camelot Press, 1956, pp. 19-41.

³⁴ El investigador social y fabricante de chocolate Seebohm Rowntree publicó en 1951 el informe *Poverty and Welfare State* donde se afirmaba esta idea, y el Partido Laborista y el Partido Conservador la dieron por válida durante una década (S. Todd, *op.cit.*, p. 253; B. Jackson, *op.cit.*, pp. 205 y ss.).

³⁵ A. Crosland, *op.cit.*, p. 93; tesis anticipada en un texto de 1952 donde sostuvo que “la economía capitalista ha pasa-

do a la historia”, ver “The Transition from Capitalism” en R. Crossman, *New Fabian Essays*, *op.cit.*, p. 37. El concepto de “economía mixta” comenzó a emplearse desde mediados de los años 30 con gran éxito y su uso iría consolidándose paulatinamente en las siguientes décadas (véase la entrada “mixed economy” en el Oxford English Dictionary).

³⁶ Socialist Union, *op.cit.*, p. 23 y p. 41.

³⁷ Los revisionistas fueron particularmente prolíficos en el análisis y la elaboración de propuestas igualitaristas en estos campos, especialmente en el educativo, para lo cual fundamentaron sus medidas en una base científica tomada de la sociología anglosajona sobre las desigualdades que estaba en auge en estos años, véase Jackson, *op.cit.*, 164 y ss.

revisiónismo no fue restarle importancia a la redistribución de recursos materiales, más bien fueron promotores de una versión “expansiva y pluralista de la igualdad de oportunidades” que buscaba reducir las desigualdades al mínimo necesario para estimular la producción³⁸. Para el asunto que me concierne, baste destacar que los revisionistas confiaron en que la reforma de postguerra era irreversible, que el crecimiento económico se podía mantener constante a lo largo de los años y que eso permitiría financiar las medidas igualitaristas.

Junto a los revisionistas, en este debate sobresalen dos nombres de miembros destacados del Partido Laborista cercanos a la dirección: Richard Crossman y John Strachey. Crossman formaba parte del grupo de “bevanitas” o miembros del ala izquierda liderada por Bevan. Su anticomunismo era internacionalmente conocido tras publicar en 1949 un conjunto de ensayos de antiguos comunistas reconvertidos en *cold warriors* con el sugerente título de *The God that failed*³⁹. A diferencia de los revisionistas, Crossman sostuvo que era necesario expandir las nacionalizaciones y aumentar la planificación central hasta el punto en que pudiera bascular las proporciones entre el sector privado y el público asegurando el predominio de este último (en el bien entendido de que ese poder estatal incrementado sería debidamente contrapesado por mecanismos de participación y rendición de cuentas)⁴⁰. Y si bien no se ubica en el elenco revisionista, puede constatar cómo en los años 50 aceptó y divulgó las tesis de Burnham y algunas ideas más cercanas a estos autores, como la creencia de que no existían “límites internos” para la reforma del capitalismo. Por todo ello sería blanco de las críticas de los marxistas británicos⁴¹.

Por su parte, Strachey había sido un referente marxista del partido en los años 30 en los que defendió las políticas del Frente Popular y expresó opiniones filocomunistas. Desde el Pacto Molotov-Ribentrop se fue distanciando del marxismo y en 1956 publicó *Contemporary Capitalism*, una obra casi tan leída como la de Crosland, donde quedó reflejada esta distancia. A diferencia de los revisionistas, Strachey consideraba el pacto de postguerra como algo intrínsecamente inestable: por mucho que existieran “tendencias compensatorias” era inevitable que con el tiempo estallase la tensión entre las prerrogativas de la democracia y las de la propiedad. Esta visión crítica no impidió que su autor divulgase las ideas

de la llamada “revolución psicológica”, así como un optimismo en la neutralidad del Estado que le convertiría también en objeto de las críticas marxistas⁴².

En resumen, los dirigentes e intelectuales revisionistas, y autores influyentes como Strachey o Crossman, tuvieron la virtud de señalar problemas *reales* que atravesaba el laborismo: desde el encumbramiento acrítico de las nacionalizaciones entendidas como la panacea, pasando por la desatención de sectores trabajadores de la sociedad que no ocupaban trabajos manuales, hasta el enfoque igualitarista-utilitarista de la economía de bienestar que desdibujaba las razones normativas que podían fundamentar el “para qué” de los combates del socialismo democrático. Sus intervenciones fueron decisivas a la hora de analizar el capitalismo reformado de postguerra o de redefinir qué significaba ser “socialista”. Una paradoja recorre, sin embargo, sus textos: al mismo tiempo que quisieron subrayar los métodos democráticos y el acceso pacífico al poder como un componente esencialísimo del socialismo con el objetivo de desmarcarse del fascismo y del bolchevismo, la propia acepción de “democracia” que emplearon perdió parte de su potencial transformador y se convirtió en sinónimo de parlamentarismo (método “civilizado” de *acceso a* y *gestión del* poder político) y de contrapeso a la concentración de poder y privilegios. La idea clásica de la tradición socialista según la cual el régimen de propiedad capitalista es incompatible con una democracia plena fue desechada. Como decía Crossman, “el capitalismo se ha civilizado y, en gran medida, se ha reconciliado con los principios de la democracia”⁴³. La izquierda de inspiración marxista que militó fuera del Partido Laborista tomó nota del cambio con rapidez: para ellos y ellas, siguió siendo cierto que si el capitalismo llegase a democratizarse completamente dejaría de existir. De sus intervenciones me ocuparé ahora.

3. Capitalismo monopolista de Estado, la teoría del Partido Comunista

El Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) nunca aceptó la etiqueta de “economía mixta” y comprendió el pacto de postguerra desde la categoría de “capitalismo monopolista de Estado”. “Capitalismo monopolista” era el término empleado en el marxismo para designar al nuevo capitalismo de finales del siglo XIX cuando se registraron dinámicas de gigantesca concentración y centralización de la propiedad. La experiencia de las economías de guerra de la Primera Guerra Mundial llevó a algunos dirigentes a complejizar esa expresión con la que podían referirse ahora a las economías de mercado en las que, sin desaparecer la estructura y dinámica oligopólicas, la planificación y regulación de los Estados permitía cierto margen de maniobra para estabilizar los ciclos de acumulación de capital⁴⁴.

³⁸ B. Jackson, *op.cit.*, caps. 6 y 7. De hecho, fue Michael Young, un político laborista vinculado al revisionismo, quien acuñó el término “meritocracia” y lo hizo de forma crítica en una novela distópica titulada *The Rise of Meritocracy* (1958). Young sostuvo que la meritocracia acababa con la lucha de clases pero profundizaba las divisiones de clase al concentrar recursos en esa parte de la sociedad que tuviera la suerte de disponer de talentos que pudieran comercializarse. Al final de su vida se lamentó de que el concepto hubiera sido adoptado por la izquierda como algo de lo que estar orgulloso (M. Young, “Down with meritocracy”, *The Guardian*, 29/06/2001, consultado el 24/09/2020).

³⁹ R. Crossman (ed.), *The God that failed*, Nueva York, Harper y Row, 1963 [1949].

⁴⁰ R. Crossman, *Socialism and the New Despotism*, Londres, Fabian Tract n° 298, 1956.

⁴¹ R. Crossman, *Socialist Values in a Changing Civilization*, *op.cit.*, pp. 6-9.

⁴² J. Strachey, *Contemporary Capitalism*, Londres, William Pickering, 1994 [1956], pp. 181-212, 281.

⁴³ R. Crossman, “Towards a philosophy of Socialism”, *op.cit.*, p. 6.

⁴⁴ Una explicación clásica del paso del “capitalismo anárquico” al “capitalismo organizado” se encuentra en las obras de Rudolf Hilferding, ver M. R. Krätke, “Rethinking Hilferding’s Finance Capital” en Judith Dellheim y Frieder Otto Wolf (eds), *Rudolf Hilferding. What do we still have to learn from his legacy?*, Londres, Palgrave Macmillan 2023, pp. 11-45.

Como hemos visto, la reforma de postguerra otorgaría un papel aún más predominante a los Estados. Pero el concepto no se adaptó fácilmente a ello. Los debates marxistas de este periodo se vieron lastrados por la ortodoxia de un estalinismo temeroso de que si se reconocía esa capacidad del capitalismo para estabilizarse se podría poner en duda la superioridad histórica del socialismo. Nada lo ilustra mejor que la suerte que corrió el economista húngaro Eugen Varga, quien durante décadas fuera el economista jefe de la Unión Soviética bajo la protección de Stalin. Cuando en 1946 Varga publicó *Changes in the Capitalist Economy Resulting from the Second World War*, el primer estudio soviético sobre el pacto de postguerra donde desafiaba la ortodoxia al afirmar que capitalismo no estaba al borde del colapso sino en plena fase ascendente, las autoridades soviéticas organizaron una campaña inquisitorial en su contra que terminó con la disolución del Instituto que dirigía, su destitución en 1947 y su aparición en la *Gran Enciclopedia Soviética* en calidad de “economista burgués”⁴⁵. Una vez destituido, Stalin quiso reforzar la línea oficial publicando en 1952 un manual de referencia de marxismo-leninismo titulado *Economic Problems of Socialism in the USSR* en el que se afirmaba que la búsqueda del “beneficio máximo” que caracteriza a la fase monopolista chocaba con la contracción del mercado internacional que había provocado la expansión del socialismo mundial. Esto conducía inexorablemente a “la profundización de la crisis general del sistema capitalista mundial”: ya no debía esperarse que las potencias occidentales crecieran continuamente, el estallido de nuevas guerras *entre esas mismas potencias* era inevitable. Stalin estaba convencido de que los vientos de la historia soplaban a su favor y sus allegados se aseguraron de que esa fuera la opinión prevaleciente en el campo socialista⁴⁶.

El problema es que la evidencia empírica apuntaba en otra dirección. Desde finales de los años 40 comenzaron a aparecer los primeros estudios marxistas que desbordaban el enfoque ortodoxo de la mano de autores como Josef Steindl, Michael Kalecki, Paul Baran, Paul Sweezy o Maurice Dobb. Su principal argumento fue doble. Por un lado, mostraron que las gigantescas tasas de acumulación de la postguerra no eran sostenibles indefinidamente: tendían a crear prolongados periodos de estancamiento por el exceso de capacidad productiva instalada que reducía la rentabilidad de las inversiones futuras (la conocida “tesis del estancamiento”). Por otro lado, estos estudios integraban –igual que lo había hecho Varga– el papel que podían jugar las novedosas técnicas contracíclicas que permitían retrasar el estallido de las crisis. El capitalismo no estaba a punto de colapsar y el *boom* podría mantenerse un tiempo largo, aunque no infinito⁴⁷.

En Gran Bretaña, los debates del partido comunista a comienzos de los años 50 estaban anclados a la línea oficial del marxismo soviético. El historiador John Callaghan ha demostrado cómo el pensamiento económico del PCGB estuvo dominado en estas décadas por una versión cruda de la tesis del estancamiento y por las constantes predicciones de una crisis inminente que nunca llegaba⁴⁸. La “línea dura” del partido sostenía que el capitalismo monopolista de Estado no había cambiado prácticamente nada en sus fundamentos y que el gobierno de Atlee con sus nacionalizaciones y su Estado de Bienestar no había hecho sino reforzar el poder de los propietarios. El revisionismo, ese “abandono del Socialismo” en palabras del futuro secretario general John Gollan, había triunfado desde la aprobación de *Industry and Society* en 1957. Pero las medidas de control que proponían los laboristas, decía Gollan, eran irrealizables en la medida en que el propósito de la propiedad capitalista era “la explotación, la extracción del beneficio, el interés y la renta del trabajo del pueblo”, y ese antagonismo básico “no puede resolverse dentro de los límites de la sociedad capitalista, cualesquiera que sean los «controles»”⁴⁹. Por su parte, el economista Ron Bellamy dedicó sus diatribas a John Strachey, y lo hizo poniendo en cuestión el “mito” de la revolución de los directivos de Burnham. El control sobre la vida económica, escribió, no se ejercía solo de forma legal, y no hacía falta negar que la estructura de la gran empresa había cambiado para ver que el control podía ser el resultado “de sutiles lazos de amistad, de largos periodos de asociación, de favores prestados, de zonas de influencia en los círculos financieros, o de una interinidad que nunca ha sido cuestionada”. La estructura de la propiedad había cambiado, pero la clase dominante seguía siendo la misma⁵⁰. Otros autores del partido denunciaron repetidas veces que la interpretación revisionista del pacto se basaba en una falsa concepción del Estado que supuestamente se elevaría como una instancia neutral por encima de los intereses de clase, como un *Deus ex machina*, para resolver los problemas sociales⁵¹.

En lo que atañe a las nacionalizaciones, los comunistas continuaron defendiendo un programa de expansión que se conjugase con su democratización. La escritora Margot Heinemann reforzó estos argumentos haciendo un análisis crítico de la forma morrisoniana que adoptaron aquellas, recogiendo los argumentos y datos de un informe muy

⁴⁵ A. Mommen, *Stalin's Economist. The Economic Contributions of Jenő Varga*, Londres, Routledge, 2011, pp. 142-191; C. Gannage, “E. S. Varga and the Theory of State Monopoly Capitalism”, *Review of Radical Political Economics* 12(3), 1980, pp. 36-49.

⁴⁶ J. Stalin, *Economic Problems of Socialism in the USSR*, 1952, disponible en línea en Marxist.org (consultado 03/10/2023). Ver también J. Fontana, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, pp. 114ss.

⁴⁷ P. M. Sweezy, “Monopoly capitalism” en J. Eatwell (Ed.), *The new Palgrave. Marxian economics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 297-303.

⁴⁸ J. Callaghan, “Economic Perspectives on Britain” en *Cold War, Crisis and Conflict. The CPGB 1951-1968*, Lawrence & Wishart, Londres, 2003, pp. 157-176. Esto se constata rápidamente al analizar las publicaciones en las revistas teóricas del partido como *Marxist Quarterly* [MQ en adelante] o *Marxism Today* [MT en adelante]. Por ejemplo J. Eaton, “Crisis and the USA”, MQ, enero 1954; R. Bellamy, “The Basic Economic Law of Monopoly Capitalism”, MQ, enero 1956; H. Collins y L. Paul “Discussion”, MQ, octubre 1956.

⁴⁹ J. Gollan, “Communism and Mankind”, MQ, enero 1954; “Labour Policy Today”, MT, noviembre 1957; “Modern Revisionism and «Democratic Socialism»”, MT, Agosto 1958.

⁵⁰ R. Bellamy, “Mr. Strachey's Guide to Contemporary Capitalism”, MQ, enero 1957. Otra reseña de Strachey en J. Wetherby, “A note on Managerial Directorship”, MT, octubre 1958.

⁵¹ J. R. Campbell, “Lost – The Era of Full Employment”, MT, agosto 1958; y J. Klugman “The Road to Socialism”, MT, febrero 1958.

documentado que elaboró el reputado sindicalista Clive Jenkins, y que también usaría posteriormente la New Left. Lejos de recluirse en una defensa cerrada de la propiedad estatal, los comunistas sostuvieron que el movimiento cooperativista necesitaba un impulso, como argumentó la dirigente Elinor Burns. Otros elementos del pacto fueron también objeto de sus diatribas, entre ellos, el sistema tripartito de negociación colectiva porque, decían, las mejoras salariales del periodo se habían conseguido no *gracias* a los nuevos mecanismos de arbitraje, sino *a pesar* de estos. Los aumentos constantes en la productividad laboral no podían ocultar que el peso de las rentas del trabajo sobre la renta nacional no estaba creciendo: se estaba incrementando el “plusvalor relativo” a marchas forzadas, al mismo tiempo que se intentaba presentar a los sindicatos como únicos responsables de la inflación⁵².

En sus críticas al revisionismo, los comunistas señalaron acertadamente algunos de sus puntos débiles. Pero su análisis del pacto de postguerra ofrecía pocos estudios empíricos y en general seguía esperando que una depresión económica pusiera un rápido final a las nuevas instituciones. Los vientos comenzaron a cambiar en 1956 tras la crisis internacional del comunismo. Para aflojar las ataduras intelectuales del partido se lanzó la revista *Marxism Today* y el dirigente Emile Burns abrió un largo debate que buscó desanudar una de las cuestiones peor digeridas en el partido: la teoría marxista sobre las crisis. El intento tuvo escaso resultado, y entre las distintas críticas al revisionismo no se alcanzó ningún acuerdo sobre los motivos que retrasaban las crisis⁵³. Pero algo estaba cambiando. Por ejemplo, Bellamy resumió las conclusiones del informe *Trade Cycle in Postwar Capitalism* publicado por el comité de economistas del partido donde se reconocía que la financiación del déficit público mediante créditos bancarios o mediante la impresión de dinero permitía reabsorber con una buena rentabilidad los excedentes que no podían realizarse por el exceso de capacidad productiva instalada, lo que en sí mismo significaba aceptar que el capitalismo tenía una capacidad de estabilización mucho mayor de la reconocida hasta la fecha⁵⁴. Pero la principal contribución comunista al estudio del pacto de postguerra fue realizada por una voz que navegó con cuidado a contracorriente de las posiciones oficiales ya desde 1946: la del economista Maurice Dobb.

La novedosa aportación de Dobb

Dobb fue uno de los teóricos e investigadores marxistas más reconocidos de Gran Bretaña⁵⁵. En la primera edición de los *Studies on the Development of Capitalism* (1946) incluyó una primera valoración de la reforma de postguerra que cerraba el libro con un tono optimista. Aunque se mostraba en parte escéptico con el hecho de que las economías occidentales pudieran estabilizarse de forma definitiva dado el problema del estancamiento y la oposición al pleno empleo que ejercerían los capitalistas, Dobb también reconoció el papel predominante del gasto público para estimular la demanda agregada y consideró que el escenario más probable en los siguientes años sería un “régimen de transición” en el que el capitalismo de Estado estaría “controlado democráticamente y dirigido en interés del trabajo”⁵⁶. Sin embargo, en la segunda edición del libro aparecida en 1963, el economista añadía un post-scriptum donde eliminaba esos pasajes, rebajaba su optimismo y apuntaba más bien al “alto grado de concentración económica característico de esta era monopolista” así como al hecho de que las rentas del trabajo no habían aumentado su peso en la renta nacional⁵⁷. El proceso que nos lleva de la primera edición de los *Studies* a la segunda es el proceso en el que Dobb pudo estudiar en profundidad la reforma de postguerra a medida que esta iba evolucionando.

En sus intervenciones de los años 50 el economista ofreció una postura intermedia que ni aceptaba el diagnóstico revisionista ni se aferraba a la idea de que la reforma no había cambiado nada y estaba a punto de estallar otra gran depresión⁵⁸. En un artículo pionero apuntó que las políticas expansionistas keynesianas podían ser contrapesadas por subidas generales de precios por parte de los oligopolios y delineó los límites macroeconómicos de la reforma cuando sostuvo que no había “ninguna base segura para suponer que las tendencias a las crisis inherentes a la economía capitalista (debidas al conflicto entre el aumento de la capacidad productiva y la rentabilidad) fueran más que postpuestas”⁵⁹. Pocos años más tarde Dobb entró a refutar frontalmente el análisis de Gaistkell, Crosland y los revisionistas al calificar la “revolución de los directivos” de Burnham como una “fantasía histórica” sin base empírica alguna⁶⁰.

Si los revisionistas se equivocaban y la revolución directiva no era tal, ni tampoco se había producido una abolición de la pobreza, ¿cuáles eran los elementos novedosos de la postguerra? Dobb señala que el elemento central fue el nuevo papel del

⁵² F. Hart, “Nationalisation”, *MQ*, abril 1954; M. Heinemann, “The Campaign for Nationalisation”, *MT*, diciembre 1958. El cooperativismo en E. Burns “A new opportunity for the Cooperatives”, *MT*, Agosto 1958. También de Betty Grant, “Robert Owen and Cooperative Production”, *MT*, noviembre 1958. El debate sobre el modelo de negociación sindical y la cuestión de la productividad en J. Hendy, “Arbitration in Industrial Disputes”, *MQ*, octubre 1954; L. Cannon “The Productivity Drive”, *MQ*, abril 1955; J. R. Campbell, “The questions the three wise men forget”, *MT*, febrero 1958.

⁵³ E. Burns “Is the theory of crisis out of date?”, *MT*, octubre 1957; J. Eaton, “Crisis Theory and Current Policy”, *MT*, noviembre 1957; J. Bright, “Capitalist Crisis and the Soviet Union”, *MT*, diciembre 1957; Reg Beech, “More on Crisis Theory”, enero 1958; W. Mennell, “Even More on Crisis Theory” y E. Burns “A Reply to Discussions”, *MT*, marzo 1958.

⁵⁴ R. Bellamy, “Factors affecting the Duration of the Trade Cycle”, *MT*, marzo 1958.

⁵⁵ T. Shenk, *Maurice Dobb. Political Economist*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013; R. Boixadera, “Notas sobre el marxismo de Maurice Dobb”, *Nuestra bandera: revista de debate político*, 241, 2018, pp. 132-144.

⁵⁶ M. Dobb, *Studies on the Development of Capitalism*, Londres, Routledge, 1946, pp. 378-387.

⁵⁷ Cito ahora la edición castellana, *Estudios en el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1971 [1963], pp. 453-462.

⁵⁸ T. Shenk, *op.cit.*, pp. 138-166.

⁵⁹ M. Dobb, “Full employment and capitalism” [1950], en *On Economic Theory and Socialism. Collected Papers*, Londres, Routledge, 2012, pp. 215-225.

⁶⁰ Cito la traducción castellana, M. Dobb, “Cambios en el capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial”, *Nuestra historia*, 1, 2016, pp. 131-141 (original en *Marxism Today*, diciembre 1957), la cita en 132.

Estado, no tanto por el control *directo* que pudiera ejercer bajo la forma de nacionalizaciones, sino por el control *indirecto* que practicaba mediante, por un lado, medidas financieras y, por el otro, el uso del gasto público para orientar la inversión privada, lo cual permitía contrarrestar las fluctuaciones de la demanda—especialmente, dirá, con la compra masiva de bienes de capital por parte del sector nacionalizado—. Dobb fue pionero en ir más allá de la explicación comunista habitual que atribuía el retraso de las crisis económicas al gasto militar de la Guerra Fría. En este sentido, resaltó el mayor poder de negociación de las fuerzas del trabajo, la innovación tecnológica o la llamada “acumulación corporativa interna”. Este último término designaba el hecho de que las grandes corporaciones tuvieran un nivel de ingresos tal que podían autofinanciar los siguientes ciclos de producción reduciendo su dependencia de los mercados de capital (“los grandes intereses monopolistas se han convertido en sus propios banqueros”) lo cual posibilitaba que su política de inversión estuviera “más influenciada que antes por consideraciones a largo plazo”, pero la volvía, por contra, más resistente a las políticas monetarias del Estado⁶¹.

Para Dobb, los revisionistas presentaban una imagen de la sociedad británica sesgada y sin evidencias empíricas. Cuando usaban fuentes norteamericanas lo hacían acrítica y selectivamente, dirá, mientras que los datos oficiales, como los que proporcionaba la Federal Trade Commission, ponían de relieve que el poder de las grandes corporaciones no había parado de aumentar⁶². En la primera mitad de los años 60 Dobb repitió este diagnóstico en varios escritos, continuando sus andanadas contra el revisionismo y, en algunos casos, como ocurriría en la conferencia de 1965 pronunciada para el Instituto Gramsci de Italia, aprovechó para ofrecer nuevos datos con los que aspiró a generalizar su análisis a la Europa occidental. A 20 años del final de la guerra, el economista podía constatar ahora cómo las fusiones y adquisiciones de empresas habían seguido incrementando la concentración del poder económico y poniendo en peligro la democracia. Pero la suerte no estaba echada todavía, solo el “tipo mecanicista de esquematismo” del marxismo ortodoxo que concebía el Estado como un mero “subordinado” del capital monopolista impedía ver que el nuevo rol decisivo del Estado posibilitaba “frenar y controlar las políticas monopolísticas tanto como servir a sus intereses”⁶³. No se trataba de sostener una concepción puramente neutralista del Estado como hacían los revisionistas, sino de dar cuenta de una nueva realidad, una apertura del tablero político que solo era posible por la presión que generaba la competencia del bloque socialista⁶⁴. En suma, los escri-

tos de Dobb ayudaron a que el partido comunista abandonase sus teorías inmovilistas, aunque esto no sucediese de la misma forma para todos. Una parte de la militancia y del liderazgo del PCGB siguió anclado a ellas, mientras que la otra fue abrazando teorías más robustas y complejas que se inspiraban en partidos marxistas más dinámicos como el italiano, o en entornos de fuera del partido como la New Left, de la que nos ocuparemos ahora⁶⁵.

4. Las redes del poder, la investigación de la New Left

Uno de los fundadores de la New Left, el historiador John Saville, constató en 1957 que el marxismo británico, salvada alguna excepción, no había producido análisis del capitalismo reformado que no estuvieran “reñidos con los hechos”, y como “en el mundo de las ideas no hay vacíos” se había dejado libre el camino para que “las teorías de Crosland y Strachey” ocupasen “el lugar más prominente en el bagaje intelectual del movimiento obrero”. Entre los primeros y principales propósitos de la New Left estuvo rellenar ese vacío para contrarrestar el influjo del revisionismo. El economista Ronald L. Meek planteó el reto con claridad:

cómo “modificar la naturaleza misma” y “trascender” con bastante rapidez un sistema que se caracteriza por un grado creciente y altamente peligroso de concentración del poder económico, pero que al mismo tiempo ha conseguido proporcionar a la clase trabajadora un nivel de vida bastante más alto y un nivel de empleo mucho más elevado que en los años de entreguerras⁶⁶.

Para responder al desafío, la New Left articuló un conjunto variado de propuestas de análisis económico y político⁶⁷. Sus activistas partían del reconocimiento (compartido con el revisionismo) de que desde 1945 se habían producido cambios estructurales que daban lugar a una situación nueva para la que hacía falta afilar las viejas teorías. Pero, al igual que el partido comunista, los *newlefters* no podían compartir la lectura del revisionismo y dedicaron sus

⁶¹ *Ibidem*, pp. 134-136.

⁶² M. Dobb, *Capitalism Yesterday and Today*, Nueva York, Monthly Review Press, 1958, p. 56ss.

⁶³ M. Dobb, “Has Capitalism changed?” en S. Tsuru, *Has capitalism changed? An international symposium on the Nature of Contemporary Capitalism*, Tokio, Iwaname Shoten, 1961, pp. 139-146 y “Typescript of Economic Trends in European Capitalism”, 1965, *Papers of Maurice Dobb*, Cambridge, Trinity College, DOBB DA82, pp. 1-24, las citas en p. 2 y p. 5. Agradezco al personal de este archivo por facilitarme el acceso a este texto.

⁶⁴ M. Dobb, “Some Economic Revaluations”, *MQ*, enero 1957.

⁶⁵ Callaghan, “Economic perspectives on Britain”, *op.cit.*, p. 173.

⁶⁶ J. Saville, “A Note on Dogmatism”, *The New Reasoner* [NR en adelante], n°1, 1957, pp.78-82; R. L. Meek, “Economics for the Age of Oligopoly: Mr. Strachey’s Economics”, *NR*, 8, 1959, pp. 41-57.

⁶⁷ Desafortunadamente, en la historiografía han abundado los relatos del periodo que, o bien omiten o minusvaloran la aportación económica de la New Left, o bien le reconocen una contribución ceñida exclusivamente al origen de los *cultural studies* o de un supuesto “marxismo cultural”. El mérito de haber rescatado el pensamiento económico-político de la New Left corresponde, en primer lugar, a M. Kenny “Political Economy” en *The First New Left. British intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence & Wishart, 1995, pp. 119-167. El análisis más completo lo ofrece la historiadora Madeleine Davis en “Arguing Affluence: New Left Contributions to the Socialist Debate 1957-63”, *Twentieth Century British History*, 23 (4), 2012, pp. 496-528 y “«Among the Ordinary People»: New Left Involvement in Working-Class Political Mobilization 1956-68”, *History Workshop Journal*, 86, pp. 133-159. Pueden consultarse también M. Wickham-Jones, “The New Left’s Economic Model: the challenge to Labour Party Orthodoxy”, *Renewal*, 21, 1, 2013, pp. 24-32 y F. Foks, “The Sociological Imagination of the British New Left. «Culture» and the «Managerial Society»”, *Modern Intellectual History*, 15 (3), 2018, pp. 801-820.

esfuerzos a refutarla, señalando que el legado de Marx seguía vivo y que en la medida en que la sociedad siguiera siendo capitalista, las comunidades humanas nunca podrían controlar su propio destino. Para la New Left, la propiedad común no era “solo un medio” para alcanzar el socialismo, la relación entre ambos era *constitutiva*, se trataba de una condición necesaria aunque no suficiente, de la misma forma, dirá el filósofo Charles Taylor, que las instituciones parlamentarias no eran “solo un medio” entre otros posibles para la democracia⁶⁸.

Algunos de sus análisis siguieron un curso parecido al PCGB al poner sobre la mesa las limitaciones políticas del modelo de postguerra, tanto por las resistencias esperables por parte de la clase dominante como por lo que hemos llamado la “tesis del estancamiento”. Por ejemplo, en su discusión con Crosland, Gordon Henderson aceptaba que había habido una cierta separación entre “propiedad” y “control” por las necesidades técnicas de la producción, pero le criticaba el haber omitido que “sigue existiendo la diferencia fundamental entre la propiedad privada y la común: que el motivo del beneficio (...) sigue siendo la fuerza dominante en la producción capitalista”. También Henry Collins remarcó que la supuesta revolución de los directivos se desvanecía como por arte de magia en el momento en el que se consideraba la existencia de los consejos de administración, y al igual que Dobb, apuntaba la novedad que suponía la acumulación corporativa interna. Por su parte, el filósofo Charles Taylor afirmó que lo más importante no era saber si las motivaciones personales de los directivos estaban presas de la búsqueda del beneficio, sino entender que estaban *obligados* a buscarlo por el papel estructural que ocupaban: “si los *managers* son un nuevo sacerdocio sin intereses personales, entonces son sacerdotes en el Templo de Mammon”⁶⁹. Para el historiador E. P. Thompson las disquisiciones del ala derecha del Labou sobre los “valores” del socialismo, no eran sino el “juego de las Familias Felices” donde se intentaba emparejar lo irreconciliable, en una palabra, una racionalización *a posteriori* de las tensiones internas del Pacto Social como si estas fueran propiamente socialistas. Frente a esa concepción gradualista y fabiana del cambio, y frente a esa parte de los militantes comunistas que creían que la reforma no era posible en el capitalismo y sostenían una concepción “cataclísmica” de la revolución, Thompson proponía una lectura que no negara los cambios pero que asumiera sus límites:

No se trata de esto o aquello. En todo momento debemos ver ambas cosas: el avance y la contención, el sector público y su subordinación al privado, la fuerza de los sindicatos y su parasitismo sobre el crecimiento capitalista, los servicios sociales y su condición de pobres. Los contrapoderes están ahí, y el equilibrio (que es un equilibrio dentro del capitalismo) es precario. Podría

inclinarse de nuevo hacia el autoritarismo. Pero también podría inclinarse hacia delante, por presiones populares de gran intensidad, hasta el punto de que los poderes de la democracia dejen de ser compensatorios y se conviertan en la dinámica activa de la sociedad por derecho propio. Esto es la revolución⁷⁰.

Sin lugar a duda, una de las aportaciones más importantes y originales de la New Left fue su estudio en profundidad de las redes de poder de las élites británicas. La primera contribución llevaba el título “The Insiders” y comenzaba reconociendo que se había transformado la estructura de la propiedad para acto seguido defender que en realidad “propiedad” y “control” no se habían divorciado crucialmente como sostenían los revisionistas. Tras la complejidad de las empresas pantalla (*shell company*) y sus accionistas fiduciarios (*nominee shareholding*) se encontraban unos pocos “grupos oligárquicos” –compañías de seguros, sociedades de inversión, bancos, etc.– que ejercían un control rígido de las riendas del país desde los consejos de administración de las grandes corporaciones. Además, existían fuertes vínculos entre accionistas y directivos, muchos de los cuales poseían participaciones en las empresas en las que trabajaban. La unidad política de esa clase dominante se aseguraba mediante esas conexiones económicas y mediante un estilo de vida compartido –educación de élite, riquezas acumuladas, salarios altos, dividendos extras, bonus, vacaciones bien pagadas, coches a cargo de la empresa, etc.–. Atrapados en “los límites establecidos por James Burnham”, los revisionistas estaban “ciegos ante la compleja estructura de poder” en la que “la riqueza, el poder, el estatus y el control son intercambiables y están interrelacionados”⁷¹.

En lo respectivo a las nacionalizaciones, la New Left articuló una crítica muy similar al PCGB: las nacionalizaciones de Atlee pagaron unas compensaciones excesivas, reproducían la burocratización y el paternalismo al evitar deliberadamente la democracia económica y la *worker's democracy* y funcionaban, además, siguiendo el modelo de la empresa capitalista bajo la dirección de directivos provenientes de la empresa privada. Influenciados por G. D. H. Cole, los autores abogaron por un enfoque pluralista respecto a las formas de la propiedad, que debería tomar una forma estatal, municipal, cooperativa o privada con regulaciones según las particularidades de cada sector económico, pero siempre en un marco general en el que primase la satisfacción de necesidades sobre la persecución del beneficio privado⁷². Los *newlefters* fueron críticos con las propuestas económicas nuevas que habían introducido los revisionistas, como el principio del *community shareholding*, porque consideraban que el Estado tenía que ser capaz de ir más allá de garantizar las

⁶⁸ S. Hall, “Crosland Territory”, *NLR*, 2, 1960, pp. 2-4; C. Taylor, “Changes of quality”, *NLR*, 4, 1960, p. 4.

⁶⁹ G. Henderson, “Can Capitalism Survive”, *ULR*, 2, 1957, pp. 58-63; C. Taylor, “What’s wrong with Capitalism”, *NLR*, 2, 1960, pp. 5-11; H. Collins, “What is Happening to Capitalism?”, *ULR*, 2, 1957, pp. 66-67. Ver también M. Barrat-Brown, “Plan for Progress”, *ULR*, 6, 1959, pp. 12-20 y G. D. H. Cole, “What is happening in British Capitalism”, *ULR*, 1957, n° 1, pp. 24-27.

⁷⁰ E.P. Thompson, “Revolution” en *Out of Apathy*, Londres, Stevens and Sons, 1960. Su cruzada contra el revisionismo había comenzado antes, ver “A Pessay in Ephology”, *NR*, 10, 1959, pp. 2-8; “Commitment in Politics”, *Universities & Left Review* [*ULR* en adelante], (6), 1959, pp. 50-55. Redoblaría sus críticas en “Revolution Again! Or shut your ears and run!”, *NLR*, noviembre-diciembre 1960.

⁷¹ VVAA, “The Insiders”, *ULR*, 3, 1958, p. 34 y p. 26.

⁷² *Ibidem*, p. 63 y p. 41.

condiciones de la rentabilidad privada para poder financiar el gasto social por la vía fiscal *ex post*: esto solo podía hacer más fuertes a los oligopolios y cada vez sería más difícil la redistribución equitativa. La verdadera “democratización del poder” exigía apuntar a la distribución de los derechos de propiedad porque “el propósito de una sociedad capitalista es conservar el poder, reforzar la posición y la riqueza, excluir –en la medida de lo posible– a tantos como sea posible”⁷³.

Para cimentar sus argumentos, “The Insiders” incluyó una buena dosis de datos empíricos que el economista Barrat-Brown complementaría posteriormente en una serie de artículos titulada “The Controllers”, donde demostraba cómo unos pocos directivos, no más de 400 personas provenientes sobre todo de bancos y compañías de seguros, ocupaban los principales puestos de mando de la economía. El objetivo de los controladores era mantener su posición privilegiada, por lo que actuaban más bien como “gestores de dinero” dedicados a las adquisiciones y fusiones de empresas que no como *managers* preocupados por los entresijos de la producción. Donde Burnham y sus seguidores habían argumentado que la división de la propiedad en las sociedades de acciones volvía impotente la figura del accionista, Barrat-Brown afirmó que “la propia fragmentación de la propiedad confiere a los pocos propietarios importantes *más poder* en lugar de menos”. Ahora bien, a pesar de su poder los controladores seguían no obstante forzados a obedecer unas reglas que les venían dadas (“si se expanden es porque *deben* hacerlo”). Por esa razón, concluía:

Todas sus ganancias han sido a expensas de pérdidas en otros lugares: el crecimiento del gran productor a expensas del pequeño, los bienes privados a expensas de los servicios públicos, la explotación actual de los recursos a expensas de la conservación futura, los trabajadores organizados a expensas de los más débiles, las pocas tierras ricas a expensas de una brecha cada vez mayor entre estas y el mayor número de tierras pobres, el dominio de las fuerzas fundamentales de la naturaleza a expensas de la vida natural del hombre sobre la tierra. Todas sus ganancias son, por estas razones, básicamente inestables⁷⁴.

Solo una verdadera planificación permitiría romper ese límite. Tan solo un año más tarde, otro economista destacado de este espacio, John Hughes, continuó los argumentos de Barrat-Brown al aportar nuevos datos⁷⁵. Las intervenciones de Hughes destacan especialmente porque ofrecían propuestas alternativas concretas. Entre ellas destaca la estrategia de política salarial que presentó junto al economista Ken Alexander: un plan de regulación general que permitiría controlar precios y salarios y aumentar

el gasto social para reducir la fragmentación y la “derivación salarial” en la clase trabajadora (la mayor parte de la cual no estaba sindicada y no se beneficiaba de parte de las reformas, en especial las mujeres) y a la vez apuntaría a sobrepasar los límites de la reforma de postguerra⁷⁶. Hughes señaló también algunas líneas por las que avanzar en la cuestión de la propiedad pública: excepto en los casos donde fuera estrictamente necesaria una estructura muy centralizada, se deberían experimentar formas descentralizadas, con consejos de administración regionales vigilados por un consejo de supervisión a nivel nacional que tuviera representación de sindicatos y consumidores⁷⁷.

Convencidos de que era necesario dar cuenta de las transformaciones más relevantes de la postguerra, los *newlefters* dedicaron una parte de su discusión a los Estados de Bienestar. No todos compartían la misma visión en este asunto. Para algunos como Miliband o Saville, se trataba de una estratagema de las clases altas para reforzar su poder. Para otros, como Taylor, suponía un avance socialista crucial que había caído en manos del ala derecha del laborismo, “de modo que ahora parece ser otra forma de defender a los «desvalidos» de la sociedad, en lugar de convertirse en el concepto revolucionario y desafiante que es”. Para Dorothy Thompson “la idea de los servicios sociales que son provistos como un derecho absoluto” era una idea profundamente anticapitalista “a la que se ha opuesto la clase empleadora” y que debía seguir realizándose y extendiéndose⁷⁸. Su discusión en este asunto fue relevante: la propia sociología académica sobre política social fue heredera directa de estos debates como pone de manifiesto la figura del sociólogo Richard Titmuss, padre de los estudios comparativos sobre Estados de Bienestar, que mostró una afinidad con las críticas de la New Left y colaboró ocasionalmente en la *New Left Review*. En sus ensayos de este periodo, Titmuss fue particularmente crítico con lo que llamaba “el mito del Welfare State”, esto es, “la asunción de que la mayoría –si no todos– de los problemas sociales han sido –o serán pronto– resueltos”. Ese mito de que todo había quedado casi resuelto, además de alentar el conformismo, impedía “plantearse nuevas preguntas sobre las cambiantes concentraciones del poder económico y social”. Según sus cálculos, en la década de los 50 el desarrollo del Estado de Bienestar había beneficiado especialmente al tercio superior de la población. Para contrarrestar esos efectos indeseados, Titmuss dejó claro en un texto de 1960 que no bastaría con reforzar el gasto social, sino que “las respuestas se encuentran en muchos reinos y formas de propiedad pública, responsabilidad pública y rendición pública de cuentas”. Lo que hacía falta era, como sostenían los activistas de la New Left, redistribuir poder económico hacia las manos públicas, esto es, atacar el régimen de

⁷³ *Ibidem*, p. 32 y p. 64.

⁷⁴ M. Barrat Brown, “The Controllers. A Research Document on the British Power Elite”, *ULR*, 5, 1958, pp. 53-61; “The Controllers II”, *ULR*, 6, 1959, pp. 38-41; “The Controllers III”, *ULR*, 7, 1959, pp. 43-49. Si Dobb había acudido a los *newdealers* para contrastar la información de Burnham y los revisionistas, los economistas de la New Left harán lo propio con la obra del norteamericano Philippe Sargant Florence.

⁷⁵ J. Hughes, “The Commanding Heights”, *NLR*, 4, 1960, pp. 11-19.

⁷⁶ K. Alexander y J. Hughes, “A Socialist Wages Plan”, Londres, *NR* y *ULR*, 1959.

⁷⁷ Hughes, *op.cit.*, p. 17.

⁷⁸ R. Miliband, “The Politics of Contemporary Capitalism”, *NR*, 5, 1958, pp. 39-52; J. Saville, “The Welfare State: An Historical Approach”, *NR*, 3, 1957, pp. 5-25; C. Taylor, “What’s wrong with capitalism”, *op.cit.*, p. 9; D. Thompson, “Discussion: the Welfare state”, *NR*, 4, 1958.

propiedad de lo que catalogó como una “sociedad irresponsable”⁷⁹.

Conclusiones

Europa occidental asistió a la mayor reforma del capitalismo en su historia con la creación del pacto de postguerra que alteró profundamente las condiciones en las que podía tener lugar una política socialista. El cambio de escenario cogió a las fuerzas socialistas con el pie cambiado. Habiendo participado activamente en la reforma de postguerra, el curso de la Guerra Fría y el giro hacia la derecha de la política europea en los años 50 abrieron una crisis estratégica en sus filas. Motivada por ese nuevo panorama y estimulada por la derrota electoral, la dirección del Partido Laborista emprendió una transformación de su espacio político. El ala derecha del laborismo elaboró su interpretación sobre la sociedad de postguerra que bebió de las obras de norteamericanos como J. Burnham y J. F. Galbraith, adaptando sus tesis al caso británico y llevándolas más lejos. Si antes de los años 1950 todo el espectro socialista estaba abiertamente comprometido con la socialización de los recursos productivos como única forma de garantizar una verdadera democracia que no quedase recluida al exclusivo mundo político, el envite revisionista consistió esencialmente en abandonar esta idea y tratar de redefinir qué significaba “ser socialista”, poniendo el énfasis en la reducción de las desigualdades de clase mediante nuevas políticas económicas, educativas o culturales. La defensa de la apropiación en común de los activos productivos dejó de considerarse una condición *sine qua non* del activismo socialista.

Desde las filas del marxismo no-laborista se respondió con contundencia al desafío revisionista negando, en primer lugar, su diagnóstico de la reforma. Los activistas de la New Left y una parte del PCGB (la que se alejó cada vez más del esquematismo inmovilista de la “línea dura”) reconocieron los cambios en la estructura de la propiedad, al mismo tiempo que desmontaron las tesis afines a la “revolución de los directivos” que disociaba totalmente “propiedad” y “control”, y lo hicieron aportando datos empíricos y teorías originales que pusieron luz sobre las redes del poder económico y sus conexiones con el poder político. Ambas fuerzas remarcaron que las políticas contracíclicas de estímulo a la demanda agregada producían un exceso de capacidad instalada que conducía al estancamiento, lo cual señalaba que las exorbitadas tasas de crecimiento no podrían mantenerse de forma indefinida. Lejos de aceptar la imagen amistosa de las élites económicas que quería transmitir el revisionismo, estas fuerzas explicaron los motivos por los que la confrontación visceral de intereses seguía en marcha y apuntaron que los capitalistas aprovecharían su posición de superioridad para lanzar la contraofensiva en cuanto tuvieran ocasión. En último término, tanto la New Left como el PCGB mostraron la imposibilidad de realizar los objetivos del socialismo en condiciones de capitalismo reformado porque la acumulación de poder económico en manos privadas impedía una democracia

plena y ponía en peligro los derechos democráticos ya conquistados. El punto importante de sus argumentos no fue una defensa clásica de la “propiedad pública” en abstracto, sino remarcar que el capitalismo no podría tolerar un control democrático de la mayor parte de los activos productivos. Mediante una batería de propuestas, estos marxistas revivieron y actualizaron el viejo ideal de la socialización. El hilo en común que vertebra los análisis de ambas fuerzas es la centralidad que otorgaron a la cuestión de la propiedad y (aunque no en la misma medida) a la vigencia del pensamiento de Marx. La originalidad de este artículo consiste en haber expuesto los lugares comunes de esta crítica marxista.

Sin embargo, el PCGB no consiguió tener el impacto electoral que buscaba y la New Left no fue lo suficientemente resistente como para sobrevivir al propio ciclo de movilización que lo vio nacer. El revisionismo triunfó por goleada frente al ala izquierda del Partido Laborista y frente a sus críticos marxistas no-laboristas. La tradición socialdemócrata abandonó su compromiso con el anticapitalismo como proyecto final aunque siguieran defendiendo medidas políticas que iban en contra de los intereses del capital. Esta fue, en palabras de uno de sus mejores analistas, “la gran ruptura y el gran acontecimiento de su trayectoria política”⁸⁰. En Gran Bretaña la disputa sobre la propiedad pública se zanjaría a comienzos de los años 60, cuando el nuevo secretario general Harold Wilson consiguiese un compromiso entre el ala izquierda y el ala derecha con un programa para impulsar la “revolución tecnológica” que no ponía en cuestión el régimen de propiedad capitalista. En tan solo una década, la ambiciosa operación revisionista había ganado la batalla⁸¹.

A más de 70 años de distancia, los debates sobre los límites de la reformabilidad del capitalismo y la estructura de los mercados capitalistas siguen interpelándonos con fuerza. En cierta medida, seguimos siendo herederos de los términos y marcos de la disputa del socialismo de los años 50. Tras la crisis de 2008 han abundado las publicaciones que se interrogan por los tipos de capitalismo históricamente existentes y su vinculación con problemas contemporáneos como la crisis ecosocial, la crisis de los cuidados, los conflictos bélicos en curso, el neocolonialismo y un largo etcétera. Los momentos de transición histórica y crisis conllevan siempre nuevas lecturas del pasado, nos permiten desnaturalizar los supuestos más básicos de nuestra vida social y nos ayudan a repensar algunos ideales y proyectos que se perdieron por el camino y que quizás nos puedan ayudar a lidiar con nuestro propio presente. Pero las incursiones en los terrenos de Clío no deberían estar guiadas por el *wishful thinking* y en los últimos años han abundado las mitificaciones del pacto de postguerra. Algunos críticos del “capitalismo rentista”, la “financiarización” o la “sociedad neoliberal” parecen proponernos una vuelta a una suerte de “capitalismo organizado”, a una época en la que el capitalismo parecía “funcionar”⁸². Lo que llama la atención en estas

⁷⁹ R. Titmuss, “The irresponsible society”, Fabian Society, Londres, 1960, pp. 3, 11, 17. Ver también B. Jackson, “Titmuss en su tiempo”, *NLR (ed.esp)*, 130, 2021, pp. 143-155.

⁸⁰ G. Moschonas, *op.cit.*, p. 3.

⁸¹ Haseler, *op.cit.*, pp. 162ss; Padgett y Paterson, *op. cit.*, p. 31.

⁸² Destacan aquí periodistas como Martin Wolf, el líder del giro editorial del *Financial Times* de los últimos años, ver “Why rigged capitalism is damaging liberal democracy”, *Financial Times*, 18/09/2019. El periodista español Joaquín Estefanía

reivindicaciones es que tienden a olvidarse de los límites del modelo de postguerra que fueron puestos de manifiesto ya en la propia década de los años 50, durante su periodo de construcción y no solo cuando este colapsó y fue activamente desmantelado en la década de los 70 y 80 por parte de unas élites económicas que aprovecharon justamente esas limitaciones para ello⁸³. En la medida en que el caso británico fue pionero en la implementación de muchas de las medidas características del pacto de postguerra, y en la medida en que los socialistas de este país discutieron con detalle sus limitaciones, su historia merece seguir estudiándose en profundidad.

Bibliografía

- Boixadera, R., "Notas sobre el marxismo de Maurice Dobb", *Nuestra bandera: revista de debate político*, 241, 2018, pp. 132-144.
- Brick, H., *Transcending Capitalism: Visions of a New Society in Modern American Thought*, Ithaca, Cornell University Press, 2006.
- Brooke, S., "Atlantic Crossing? American Views of Capitalism and British Socialist Thought 1932-1962", *Twentieth Century British History*, 2, 1991.
- Burnham, J., *La revolución de los directores*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967 [1941].
- Callaghan, J., *Cold War, Crisis and Conflict. The CPGB 1951-1968*, Lawrence & Wishart, Londres, 2003.
- , "The British Labour Party" en M. van der Linden (comp.), *The Cambridge History of Socialism*, Cambridge, CUP, 2022, pp. 110-131.
- Carew, A., "The AngloAmerican Council on Productivity (1948-1952)", *Journal of Contemporary History*, Vol. 26, 1991, pp. 49-69.
- Costa, E., *The Labour Party, Denis Healey and the International Socialist Movement*, Londres, Palgrave, 2018.
- Crosland, A., *The Future of Socialism*, Londres, Camelot Press, 1956.
- Crossman, R., (comp.), *The God that failed*, Nueva York, Harper y Row, 1963 [1949].
- Socialist Values in a Changing Civilization*, Londres, Fabian Tract, n° 286, 1950.
- , (comp.) *New Fabian Essays*, Londres, Sociedad Fabiana, 1952.
- , *Socialism and the New Despotism*, Londres, Fabian Tract n° 298, 1956.
- Davis, M., "Arguing Affluence: New Left Contributions to the Socialist Debate 1957-63", *Twentieth Century British History*, 23(4), 2012, pp. 496-528.
- , "«Among the Ordinary People»: New Left Involvement in Working-Class Political Mobilization 1956-68", *History Workshop Journal*, 86, 2018, pp. 133-159.
- Defty, A., *Britain, America and Anti-Communist Propaganda 1945-53*, Routledge, Londres, 2004.
- Dobb, M., *Studies on the Development of Capitalism*, Londres, Routledge, 1946.
- , *Capitalism Yesterday and Today*, Nueva York, Monthly Review Press, 1958.
- , "Has Capitalism changed?" en S. Tsuru, *Has capitalism changed? An international symposium on the Nature of Contemporary Capitalism*, Tokio, Iwaname Shoten, 1961, pp. 139-146.
- , "Typescript of Economic Trends in European Capitalism" [1965], Papers of Maurice Dobb, Cambridge, Trinity College, DOBB DA82, pp. 1-24.
- , *Estudios en el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1971 [reedición de 1963].
- , *On Economic Theory and Socialism. Collected Papers*, Londres, Routledge, 2012 [1955].
- , "Cambios en el capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial", *Nuestra historia*, 1, 2016, pp. 131-141 (original en *Marxism Today*, diciembre 1957).
- Domènech, A., "Prólogo" en X. M. Beiras, *Exhortación a la desobediencia*, Santiago de Compostela, Laiovento, 2015.
- , "Socialismo, ¿de dónde vino? ¿Qué quiso? ¿Qué logró? ¿Qué puede seguir queriendo y logrando?" en M. Bunge y C. Gabetta (comps.) *¿Tiene porvenir el socialismo?*, Barcelona, Gedisa, pp. 71-124.
- Edgerton, D., "War, Reconstruction, and the Nationalization of Britain, 1939-1951", *Past & Present*, 2011, Suplemento 6, pp. 29-46.
- Eley, G., *Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- , "Corporatism and the Social Democratic Moment: the Postwar Settlement, 1945-1973" en Dan Stone (ed.) *The Oxford Handbook of Postwar European History*, Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 37-59.
- Foks, F., "The Sociological Imagination of the British New Left. «Culture» and the «Managerial Society»", *Modern Intellectual History*, 15 (3), 2018, pp. 801-820.
- Foote, G., *The Labour's Party Political Thought*, Londres, Macmillan Press, 1997.
- Gaitskell, H., "Socialism and Nationalisation", Londres, *Fabian Tract*, n° 300, 1956.
- Galbraith, J. F., *La sociedad opulenta*, Madrid, Alianza, 1998 [1958].
- Gannage, C., "E. S. Varga and the Theory of State Monopoly Capitalism", *Review of Radical Political Economics* 12(3), 1980, pp. 36-49.
- Galcerán, M., *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana del siglo XIX*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023 [1997].
- Guerrero, D., *Reframing Expressive Freedom: Free Speech Libertarianism, Republicanism and the Political Economy of Communication* [Tesis Doctoral], Universitat de Barcelona y Rijksuniversiteit Groningen, 2024.

describía el pacto como "la mejor utopía factible de la humanidad", ver "Estado de bienestar: historia y crisis de una idea revolucionaria", *El País*, 23/02/2023. Con matices, también autores como el economista Thomas Piketty, al que debemos una parte considerable de nuestra comprensión de las economías contemporáneas, han contribuido al mito de un Estado social que podría garantizar una verdadera condición de ciudadanía sin necesidad de superar el capitalismo (ver *op.cit.*). Ver la aplicación de algunas de estas condiciones a la crítica de algunos modelos de "Green New Deal" en Isidro López y Rubén Martínez, *La solución verde*, Barcelona, IDRA, 2021, pp. 8-14.

⁸³ Véase el artículo de E. Manjarín en este número para las estrategias antidemocráticas de la patronal, "Lugar de trabajo y sentido común democrático: el efecto derrame y su reverso", *Res Publica*, 27 (2).

- Haseler, S.; *The Gaitskellites: Revisionism in the British Labour Party 1951-64*, Londres, MacMillan, 1969.
- Hayek, F., *The Collected Works of Frederick Hayek, Vol. II*, Nueva York, Routledge, 2008.
- Jackson, B., *Equality and the British Left. A Study in Progressive Political Thought, 1900-64*, Manchester, Manchester University Press, 2007.
- Kenny, M., *The First New Left. British intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence & Wishart, 1995.
- Krätke, M. R., "Rethinking Hilferding's Finance Capital" en Judith Dellheim y Frieder Otto Wolf (eds), *Rudolf Hilferding. What do we still have to learn from his legacy?*, Londres, Palgrave Macmillan 2023, pp. 11-45.
- Linden, M. v. d., *Western Marxism and the Soviet Union: A Survey of Critical Theories and Debates since 1917*, Boston-Leiden, Brill, 2007.
- , (comp.) *The Cambridge History of Socialism. Vol. II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022.
- Maier, C. S., "The Two Postwar Eras and the Conditions for Stability in Twentieth-Century Western Europe", *American Historical Review* 86, no. 2, 1981, pp. 327-352.
- Manjarín, E., "Lugar de trabajo y sentido común democrático: el efecto derrame y su reverso", *Res Publica*, 27 (2).
- Martin, K., "Socialism and the Welfare State", Londres, *Fabian Tract* n° 291, Londres, 1951.
- Martínez-Cava, J., "Una alternativa al liberalismo: la función social de la propiedad en la Constitución de Querétaro", *Eines*, 43, 2022, pp. 108-118.
- , "Capitalismo y Estados de Bienestar", *La Pùblica*, 3, 2024.
- Miliband, R., *Parliamentary Socialism. A Study in the Politics of Labour*, Nueva York, Monthly Review Press, 1964 [1961].
- Mommen, A., *Stalin's Economist. The Economic Contributions of Jenö Varga*, Londres, Routledge, 2011.
- Moschonas, G., *In the Name of Social Democracy. The Great Transformation: 1945 to the Present*, Verso, Londres, 2002.
- Mundó, J., "Del absolutismo propietario a la constitucionalización de la función social de la propiedad" en Nuria Sánchez Madrid (ed.), *La filosofía social ante la precariedad*, Madrid, Catarata, 2022, pp. 21-47.
- Marglin, S. A. y J. B. Schor (eds.), *The Golden Age of Capitalism. Reinterpreting the Postwar Experience*, Oxford, Clarendon Press, 1990.
- Hobsbawm, E., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2011.
- Orwell, G., "You and the Atom Bomb", *Tribune*, 19/10/1945, disponible en <https://www.orwell-foundation.com>.
- , "Second Thoughts on James Burnham", *Polemic*, mayo de 1946, disponible en <https://www.orwellfoundation.com>.
- Padgett, S. y W. E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, Longman, Londres, 1991.
- Romano, J., "James Burnham en France : l'import-export de la « révolution managériale » après 1945", *Revue française de science politique*, 2003, 2, 53, pp. 257-275.
- Sassoon, D., *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Londres, Fontana, 1993.
- Schneer, J., "Hopes Deferred or Shattered: The British Labour Left and the Third Force Movement, 1945- 49", *The Journal of Modern History*, 56/ 2, 1984, pp. 197-226.
- Scott-Smith, G., *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and post-war American hegemony*, Londres, Routledge, 2002.
- Shenk, T., *Maurice Dobb. Political Economist*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013.
- Socialist Union, *Socialism. A New Statement of Principles*, Londres, Lincolns-Prager, 1952.
- Stalin, J., *Economic Problems of Socialism in the USSR*, 1951, disponible en línea <https://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1951/economic-problems/index.htm>.
- Steinboff, G., *George Orwell and the Origins of 1984*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1975.
- Stonor Saunders, F., *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Barcelona, Debates, 2013.
- Strachey, J., *Contemporary Capitalism*, Londres, William Pickering, 1994 [1956].
- Sweezy, P., "Monopoly capitalism" en J. Eatwell (Ed.), *The new Palgrave. Marxian economics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 297-303.
- Taylor, J. *Orwell. The New Life*, Londres, Pegasus Books, 2023.
- Thompson, E. P., "Revolution" en *Out of Apathy*, Londres, Stevens and Sons, 1960.
- Thompson, N., "Socialist Political Economy in the Age of Affluence. The reception of JF Galbraith", *Twentieth Century British History*, vol. 21, n° 1, 2010, pp. 50-79.
- Titmuss, R., "The irresponsible society", Londres, Fabian Society, 1960.
- Todd, S., *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*, Madrid, Akal, 2018.
- Traverso, E., *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid, Akal, 2021.
- Wald, A., *The New York Intellectuals. The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1987.
- Wickham-Jones, M., "The New Left's Economic Model: the challenge to Labour Party Orthodoxy", *Renewal*, 21, 1, 2013, pp. 24-32.
- Woloch, I., *The Postwar Moment. Progressive Forces in Britain, France, and the United States after World War II*, New Haven, Yale University Press, 2019.
- Young, M., "Down with meritocracy", *The Guardian*, 29/06/2001.

Revistas consultadas

- *New Left Review*

En el Labour History Archive & Study Centre (People's History Museum, Manchester):

- *Marxist Quarterly*

- *Marxism Today*

En el Barry Amiel & Norman Melburn Trust:

- *The New Reasoner*

- *Universities & Left Review*